



REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CARLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

Vnuestra viejecita?
—Si estará mala, que no ha bajado hoy....

—Ella que no se halla sin nosotros.

—Ni nosotros sin ella, esta es la verdad.

—¿Vamos á subir á su cuarto?

—¿Al quinto piso?

—Jesús, yo no he subido nunca tanta escalera.

—Ni yo tampoco.

—Me da miedo ir á su cuarto.

—¿Por qué, tonto?

—Porque...¿No habeis leído alguna vez en los periódicos la noticia de que se ha encontrado muerta en su cuarto á una viejecita que vivía sola?...

—¡Qué dices!

—Si se hubiera muerto nuestra viejecita....

—Vamos allá, yo no tengo miedo á nada.

—Tu eres muy valiente; como vas á ser militar...

—Papá dice que los niños no han de ser medrosos.

—Es claro, vamos arriba.

Y mis ocho vecinos emprendieron la subida al quinto piso donde habita la viejecita. Andrés, el hijo de los porteros, conocia ya cual de las muchas puertas que hay en aquellos corredores, es la de la habitacion cedida á la vieja por el propietario de la finca, y él guió á sus amiguitos.

La puerta estaba entornada.

—¡Ay! la puerta abierta, exclamó Anita.

—Si habrá ladrones....

—Adelante, adelante, dijo la viejeci-

ta, adelante, hijos míos, y benditos seáis, que habeis trocado vuestro desprecio y vuestro desabrimiento de los primeros días en interés y solicitud por la pobre vieja.

— ¡Ay! ¿está V. en la cama?

— ¿Mala?

— ¿Qué tiene V.?

— Nada, hijos míos, un constipadillo. Me asomé anoche á la ventana, para ver el cielo y las estrellas, y soplaban un vientecillo muy sutil que me obligó á cerrar, pero en cuanto cerré, estornudo vá y estornudo viene, y metíme en cama de prisa y corriendo, y acá me estoy acurrucada, porque sólo de este modo se curan los constipados.

— ¿Y cómo tiene V. la puerta abierta?

— Para que pueda entrar la madre de Andresito, que todos los días me visita, y me trae de comer, la dejé entornada...

— ¿Y cómo no nos ha dicho nada?

— Porque yo se lo encargué, porque ya sabía que vosotros, niños míos, sabiendo que yo estaba mala, subiriais á verme, y no quería que os tomaseis ese trabajo.

— Visitar á los enfermos es obra de misericordia.

— Y de las más estimables y que más obligan al agradecimiento, hijos míos. Ahora, como soy dichosa, guardo cama, y me cuido porque no quiero morir. Antes de la última Semana

Santa, todo el día arrastrando los piés por esas calles, que lloviera, que hiciera sol, que hiciera frío, no tenía miedo de morirme. Ahora sí, porque ya tengo casa, que me la ha dado la caridad, ya tengo familia, vosotros, hijos míos, que os habeis compadecido de mí. Sentaos, niños, sentaos, cuatro en esas dos sillas, y cuatro sobre mi cama, si no teneis aprension. La cama está limpia, y yo, en buena hora lo diga, no tengo ninguna enfermedad contagiosa.

— ¡Vaya si tiene V. limpio el cuartito!

— Es lo único que tengo que hacer. Desde que me habeis puesto bajo vuestra protección, estoy hecha una holgazana.

— Siga V. contándonos su historia. Quedamos en que Fernando VII fué padrino de la boda de V.

— Sí, hijos míos, el mismísimo Rey D. Fernando, que era muy buen mozo, y tenía muy buenas ocurrencias. Mi marido había sido su íntimo amigo, y la gente decía que muchas veces le había acompañado en excursiones que hacía el Rey á los barrios bajos de Madrid, porque le gustaba mucho ver de cerca á los hombres y las mujeres del pueblo. Cuando nos casamos recibimos muchos regalos de S. M.

— ¿Y no los tiene V.?

— Échales un galgo, hija mía, todos aquellos regalos y muchas cosas más se perdieron hace muchísimo tiempo.

—Y su marido de V. ¿qué oficio tenía?

—Era muy rico y no necesitaba oficio.

—Pues papá dice que todo hombre aunque sea rico, debe tener una profesion, una carrera, un arte....

—Y tiene mucha razon tu papá. Y mi marido, si hubiese tenido una profesion, habria acabado sus dias más

tranquilamente. Lo único que le faltaba era saber trabajar en algo, que, por lo demás, era un hombre como pocos en cuanto á ingenio, galantería, elegancia y buen tono. Frecuentaban nuestra casa los hombres de más talento, Martinez de la Rosa, D. Juan Nicasio Gallego, el gran Quintana, y otros muchos escritores, poetas, todos hombres de gran talento.



MARTINEZ DE LA ROSA



NICASIO GALLEGO.

—Martinez de la Rosa es el autor del *Libro de los niños*.

—Fué un grande hombre que influyó mucho en las cosas del Gobierno del Estado, y ocupó los primeros puestos en la política. Cuando murió era Presidente del Congreso.

—¿Y quién era D. Juan Nicasio Gallego?

—Un hombre muy de bien y de gran saber, cura y poeta, que hacia unos versos primorosos, y tenia fama de muy ocurrente y discreto en su conversacion. ¡Cuántos versos suyos sabia yo de memoria! Ahora ya lo he olvidado todo, todo menos mis penas.

Buenos consejos le dió muchísi-

mas veces á mi marido para que viera con órden, con economía, para que cuidara él mismo sus propiedades, para que educase con severidad á nuestros hijos, porque D. Juan Nicasio era la prudencia misma, el hombre más discreto, más previsor, más recto y mejor intencionado. Yo he tenido muchos libros suyos y agenos que él me regaló, pero tambien se perdieron como los regalos de S. M. Hijos,

cuando empieza la ruina en una casa todo se pierde, todo.

— De Quintana he leído yo una tragedia.

—Escribió grandes cosas. Era un hombre de inmenso talento, y por su talento mereció ser coronado públicamente por mano de S. M. la Reina, D.^a Isabel II en el Senado. Yo asistí á aquel acto, llevando un vestido de raso, que costó un dineral.



QUINTANA.

¡Ay! qué lejos estoy ya de los vestidos de raso!

—¿Y á Zorrilla, no le conoce V.?

—Le conocia tambien. En el entierro del pobre Larra, que se volvió loco y se mató, porque sólo el que se vuelve loco se mata, recitó una poesía que le hizo famoso. Mi marido

me le presentó pocos meses despues.

—Nosotros tambien le conocemos. Vive muy cerquita de esta casa.

—¡Ay! ya no me conocerá ni le conoceré. Un álbum tuve en que habia versos suyos. Pero, ya os he dicho lo que sucede cuando viene la ruina, tambien se perdió.

La portera interrumpió la conversación. Traía á la enferma una taza de rica flor de malva muy caliente, y no consintió que los niños continuaran allí calentando la cabeza de la pobre viejecita. Como la portera es tan buena, y los niños oyen á sus padres ha-

blar de ella siempre con elogio, la raspetan y la obedecen, y deseando á su amiga pronto alivio, despidiéronse, prometiendo volver para seguir oyendo sus recuerdos.

C. FRONTAURA.

LOS ALBÉRCHIGOS.

Un pobre labrador de secano llevó á su cabaña cinco albérchigos que había comprado en la ciudad.

Sus cuatro hijos veían esta hermosa fruta por la primera vez y batieron palmas de alegría.

El bueno del padre dió un alberchigo á cada niño, el quinto que quedaba á su buena mujer, y se fué á trabajar.

Cuando por la noche volvió de su labor, reunió á los niños en torno del hogar y les dijo:

—Vamos, decidme ahora, hijos míos, qué os han parecido los albérchigos.

—Padre, contestó el mayor, es una fruta muy buena: yo he guardado el hueso para sembrarlo á su tiempo y criar un árbol tan precioso.

—Bien hecho, repuso el padre. Tú serás con los años un buen labrador.

—Yo, dijo el menor de los niños, he tirado el hueso, pero me ha gustado tanto el albérchigo, que no solo me he comido el mio entero, sino tambien la mitad del de madre.

—Tú, pequeñuelo, dijo el padre, no estás en edad de ser más que un gloton; pero tiempo te queda para ser parco y prudente.

—Yo, dijo á su vez el segundo hijo, he recogido el hueso que tiró mi hermano menor, le partí y me comí la almendra que había dentro; pero he vendido mi albérchigo y me han dado tanto por él, que cuando vaya á la ciudad podré comprar hasta una docena.

El padre movió la cabeza con disgusto y exclamó

—¡Guárdete el cielo de ser comerciante, porque te llevaría á malos pasos la codicia! Y tú, Juanito ¿nada dices?

—Yo, padre mio, contestó ruboroso y medrosico el tercero de los niños, he regalado mi albérchigo al niño del vecino, porque Luisito es más pobre que nosotros y está además enfermo.

—¡Bendito seas, hijo mio! exclamó la madre, cubriéndolo de besos y de lágrimas.

—¡Oh, hijos míos! añadió el padre; aprended todos de Juan á ser buenos, lo primero: despues aprenderéis de mi á sembrar y recoger, regando la tierra de Dios con el sudor de la frente.

CECILIO NAVARRO.

VIAJES PINTOESCOS. ⁽¹⁾

(Continuacion).

Ahora empiezo á comprender decia conmigo mismo, que es preciso estar animado por una resolucion casi heróica, ó simplemente movido por la escasísima prudencia de la juventud, para prescindir de golpe de la tierra en que hemos nacido, que guarda los restos de nuestros antepasados: de aquel rincon querido de la patria, en donde se levanta una modesta casita, sin ninguna apariencia, pero entre cuyos muros he nacido y dado los primeros pasos, rezando las primeras plegarias: en donde una madre solícita vigilaba mis menores contratiempos, y un padre amoroso no daba paz á la mano dedicándose á su trabajo para que la familia, puesta por Dios á su cuidado, jamás careciese de techo y de pan, de amor y de abrigo.

Yo pensaba en esto al trasponer el limite de las aguas jurisdiccionales del puerto y cuanto mayor se presentaba la llanura líquida, tanto más pequeño veía el bergantín en el que, sin embargo, una vez embarcado, debía fiar mi vida y todas mis esperanzas.

Subí á bordo del pequeño buque: ¡ay! ¡cuán poco satisfizo su aspecto á mis deseos! no era aquel puente que yo pisaba el de una fragata de guerra, ni siquiera de un vapor costanero, ni mucho menos: era un bergantín, una gaviota de madera, sólida nave en comparacion de una barca, pero fragil esquife, insignificante leño para atravesar el océano, combatiendo á la par con el viento y el agua.

El recinto del buque me pareció mezquino, miserable: toda su obra muerta era endeble y de antigua construccion: los gruesos clavos que sujetaban el maderamen estaban oxidados hasta un grado inverosímil, y aun ciertos pequeños orificios que se percibian en la madera denotaban la fatal existencia de las polillas ó taladros, animales insignificantes que dan al traste en poco tiempo con las construcciones navales más robustas: amiguito Guillermo, el juicio que formé de aquel buque era de que no tenia yo un adarme de prudencia si me aventuraba en él: pero *alea jacta est*: el dado estaba echado y no habia más remedio al asunto que suplir con la destreza y la actividad los defectos naturales de aquella osamenta de barco.

Mi tio no participaba de mis temores: él habia afrontado sendas borrascas en aquel cascaron, y le parecia que cuanto más viejo era el buque tanto mejor arrostraria las iras del mar: esta inocente preocupacion, tan natural en un viejo lobo marino, era muy poco propósito para tranquilizarme á mí, porque he de decirte que aun hallándome en tierra firme lograban pronto marearme movimientos ménos incómodos que el del buque, y no pocas veces habia debido cambiar de sitio en un carruaje por no poder soportar el andar hácia atrás, aunque fuese con patas ajenas.

Pues amiguito, allí fué Troya: á poco de enderezar el rumbo hácia el Sud, en demanda de la costa valenciana, ¡ay! ¡y cómo se revolucionaron los intestinos! parecia que iba á echar el alma por la boca: ¿sabes

(1) Véase el núm. 6.

cómo se las manejan aquellos delfines de piedra y caballos marinos de mármol de las fuentes públicas para renovar el agua? pues así, así, á chorros, solemnizaba yo mi ingreso en la vida de marino, con tanta eficacia, que mi tío me hizo llevar á un camarote, en donde el olor de la pez me desenvolvió la energía suficiente para salir pronto á respirar el aire puro.

Mas esto pasó; al día siguiente me las apostaba con Nelson para andar patiabier-to de proa á popa; ya empezaba á aficionarme á la vida de *encajonado*, cuando mi tío me saludó con estas palabras poco lisonjeras:

—Conque ya se te pasó el mareo ¿eh?

—Así parece, tío.

—Pues anda allí á las gaviás á tomar un rizo de vela con los muchachos, que el viento vá á arreciar; ahora ya te doy de alta: al avío.

Por primera vez noté que á bordo no vale el tío, *yo no he sido*; sino que á tantas bocas, corresponden tantos pares de brazos y nunca sobran hombres para la maniobra: aunque aquello no era lo que yo me figuré desde tierra, en cambio, la nueva vida me habia hecho variar algo de ideas, y me sometí pronto y de buena voluntad á las órdenes del *capitan*, que solo era mi tío en casa de mi padre.

—Me dá miedo solo pensar en ello: y allí por más que uno grite y llore nadie acude á socorrerle....

—¡Vaya! pues no hay poca agua para impedirlo! allí no hay más padre que Dios y El, que oye las preces de los náufragos, es severo y terrible para probar la fortaleza de las almas: así es que los marinos, confiando siempre en El, no cejan un momento en la maniobra, por aquello de

ayúdate y Dios hará lo que más convenga.

—¡Ay abuelito! sin mi mamá yo no podría estar tranquilo.

—Comprendo hartó bien lo que dices: pero, hijo mio, no siempre puede estar contigo la mamá... ¿Y los huerfanitos? bien deben tomar con resignacion su desgracia..

—¡Huerfanitos! no comprendo bien por qué razon no tienen padres.

—Es' muy sencillo: batallando con las contrariedades de la vida para lograr la felicidad de los hijos de su alma, sucumbieron en la demanda; y las infelices criaturas se encuentran solas, sin más amparo que el de Dios, que inspira á las personas benévolas la intencion de representar así en la tierra el papel de la Próvidencia.

—¿Y los que mueren en el mar? ¿cómo saben los niños que ya no tienen padres?

—Harto bien y pronto: pues la soledad y el vacío se notan en seguida: entonces se procura aminorar su orfandad, creando asilos especiales, cual el que recientemente se estableció aquí, en este puerto mismo, á bordo de la corbeta «Mazarredo,» cedida con este objeto por el gobierno: en este Asilo Naval, que visitaremos en su día, se cumple por respetables familias de la ciudad una obra de misericordia jamás bas-tantemente alabada.

—¿Iremos á ver la corbeta? ¡ay que gusto!

—Iremos á ver á los hijos de los náufragos: á los huérfanos de los marinos intrépidos que desafian al Océano para ar-rancarle el pan de sus hijos.

JULIAN BASTINOS.

(Se continuará).

EL PENSAMIENTO QUE VUELA.

Las maravillas de nuestra época han llegado á ser cosa natural y corriente. Vemos que un día y otro hacen su aparición en la escena científica nuevos alardes del génio investigador, triunfante de las fuerzas esparcidas en el universo, y sin embargo, la generacion actual limitase á consignar el hecho, pero no se asombra.

Esto no implica desvío ni ignorancia; supone, tan solo, que hemos logrado habituarnos á la exhibicion semi-fantasmagórica de los inventos y las aplicaciones; mas, aún así, es oportuno fijar la atencion en la fuerza esencial que determina semejantes conquistas, ó sea el *pensamiento*.

Y efectivamente; el pensamiento es una potencia de primer orden, que subordina á su voluntad los componentes del mundo exterior; que va allí donde quiere, y que borra del diccionario la voz *dificultad*; que lleva el *verbo* a los más remotos confines y da vida á los muertos y guarda á su au-tojo los ecos de la palabra.

Las manifestaciones del pensamiento se tradujeron en su origen por medio de la voz articulada, y este hecho dió márgen á la escritura. Despues vinieron á fijar las expresiones del espíritu ciertas figuras grabadas ó pintadas en la piedra, en la corteza y en las hojas del árbol y en la piel de los animales; es decir, que vemos en esta nueva etapa la inscripcion, el escrito, el libro.

El pensamiento no podía permanecer encerrado en la personalidad del hombre; tenia aspiraciones y necesidades, y buscó la manera de viajar, adoptando, en consecuencia, las formas que señalamos.

Sin embargo, no es difícil presumir que

en sus primeros viajes debió padecer de un modo horrible. Tenia alas, comprendia que llevaba en sí los elementos necesarios para volar, y con semejante requisito, desesperábase el hombre, al ver que solo disponia de medios cuya lentitud no guardaba armonia con la velocidad de su raciocinio.

Carecemos de datos positivos para conocer la manera de discurrir del hombre, en los primeros días de su historia; pero no hay duda que, aún tratándose de un sér colocado en un mundo primitivo, ambicionaria dar á su pensamiento las facilidades que no tenia, para cumplir en toda regla su mision. Desgraciadamente pasaron muchos siglos antes que viese realizados sus propósitos. ¿Por qué medios logró lo que deseaba? Vamos á decirlo en breve resúmen y á grandes rasgos.

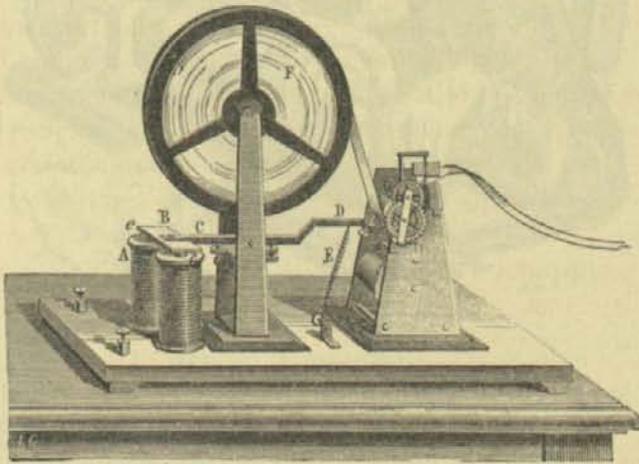
El poeta Esquilo, en su tragedia *Agamemnon* (unos 500 años antes de Jesucristo), da la primera idea de las señales telegráficas, pues afirma que la noticia de la toma de Troya fué trasmitida á más de cien leguas en pocos instantes, merced á una série de fuegos encendidos de montaña en montaña.

La invencion del poeta, aplicada entón-ces á su tragedia, tuvo dos siglos más tarde realizacion cumplida, porque los ingenieros de uno de los sucesores de Alejandro, aceptando en principio el sistema, le perfeccionaron, ideando, al efecto, grupos de letras que correspondian á un número de fanales que varios centinelas, colocados de distancia en distancia, subian y bajaban, conforme á un orden previamente convenido y que permitia la trasmision de las palabras y las frases.

Los romanos adoptaron el uso de las torres de señales, utilizado en España, en Africa y en la Sália. Los chinos se valian, hace dos mil años, de las llamadas *torres de fuego*; y si analizáramos minuciosamente los primeros pasos del telégrafo encontraríamos que, en los dos continentes conocidos de los antiguos, funcionaban desde hace muchos siglos las líneas telegráficas, como expresion de una necesidad, que, si entónces no tenía elementos de perfeccion, indicaba, cuando ménos, el reconocimiento de un principio, que más tarde alcanzó magníficos resultados.

La invencion del telégrafo eléctrico fué un gran paso en el camino de las aplicaciones extraordinarias, pero no satisfacía las exigencias del hombre, y sucesivamente ha ido experimentando modificaciones. Hubo físico que, en su afan de llevar a un limite casi inverosímil la fantasia científica, encontró imperfecta la obra; juzgó incompleta la trasmision de los despachos y quiso obtener la creacion de la *minuta exacta*.

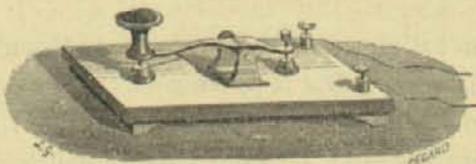
Ese famoso físico, el inglés Hughues, dió vida al *telégrafo impresor*, y gracias á



TELÉGRAFO ELÉCTRICO.—Aparato receptor.

tan potentoso invento, el despacho queda escrito en caracteres tipográficos, sobre tiras de papel.

de ocupar en lo porvenir un puesto de importancia.



TELÉGRAFO ELÉCTRICO.—Aparato trasmisor.

Al lado de la obra de Hughes encontramos la del sabio italiano Caselli, autor del telégrafo *autográfico*, que si hoy solo representa una de tantas curiosidades, pue-



TELÉFONO.

El pensamiento vuela. Su aspiracion tuvo éxito feliz. Un dia le vimos luchar con las

imperfecciones y girar en un estrecho círculo, y hoy le encontramos libre y dueño de su albedrío, llevando, gracias á la telegrafía eléctrica, sus creaciones de un punto á otro de nuestro planeta.

Pero ya no se trata solo de transmitir á grandes distancias los signos *gráficos*; el *teléfono* ha venido á prestar sus servicios al hombre, y el sorprendente invento de Edison lleva la palabra misma, desde los



FONÓGRAFO.

labios del que habla hasta el oído de quien escucha.

La conquista es magnífica y honra á nuestro siglo.

Esperamos más todavía. La ciencia no ha puesto un veto á las obras del talento, y aún falta mucho que hacer.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

CIUDADES ARTÍSTICAS. ⁽¹⁾

TOLEDO.

III Y ÚLTIMO.

Mayor alteza y significación que cuantos edificios y monumentos llevamos descritos en los anteriores artículos, tienen los que en la imperial Toledo recuer-

dan los gloriosas efemérides de la España cristiana. Desde la época goda al siglo décimo octavo, todas las épocas y todos los periodos están en ellos representados. Y así, por ejemplo, en medio de la vega se levanta la iglesia de Santa Leocadia, la cual, antes que el piadoso Rey Sisebuto construyese el templo, que, con modificaciones varias, se conserva en pié todavía,

(1) Véase el n.º 5.

era humildísima capilla que por los años de 305, se consagró á la memoria de aquella Santa Mártir. En su interior se celebraron los famosos Concilios Toledanos IV, V, VI y XVII y allí mismo, en día 9 de Diciembre de 660, la virgen y mártir Santa Leocadia se alzó de su sepulcro y ante el Rey, los prelados y magnates que absortos contemplaban la escena, dirigió al inclito Ildefonso, arzobispo entónces de Toledo, la felicitacion más gloriosa que han podllo oír los hombres, por su celo en defensa de la reina de las vírgenes. Un pedazo de velo de la Santa, que se cortó con la daga del Rey, fué testimonio de este milagroso suceso, ocurrido durante la dominacion goda, de la que es preclaro monumento la mencionada iglesia, cuya primitiva raza queda encubierta por las reformas y adiciones realizadas posteriormente en el edificio.

Testimonios no menos elocuentes de la piedad de los toledanos, y del esplendor que en aquella antigua corte alcanzó la religion del Crucificado, son las numerosas iglesias de diversísimos estilos, esparcidas por todos sus barrios, y entre las cuales las de estilo mudejar se llevan las aficiones de los artistas por su gallarda sencillez y elegancia y por la habilidad con que los alarifes emplearon el ladrillo en sus fachadas, muros y torres-campanarios. Pero á todas las nombradas, y á cuantas podremos nombrar, supera la Santa Iglesia metropolitana, así por la grandiosidad de su planta, desahogo de todas sus dependencias é imponente mole del conjunto, como por la belleza de la fábrica en todas sus partes, riqueza del decorado é infinitos primores que en puertas, ventanas, capillas y paramentos derramaron á manos lle-

nas las maestros tallistas é ingenieros de los siglos XIII y XIV y de los tiempos del Renacimiento. Una descripción, siquiera rápida, de tan soberbio monumento cristiano, exigiría mucho mayor espacio del que puedo disponer en *Los Niños*, y acaso resultara fatigosa para mis benévolos leyentes. Me contentaré, pues, con indicar lo más capital que en aquella iglesia debe verse y admirarse, sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que no sea digno de contemplacion y de estudio lo que por falta de espacio me dejaré en el tintero.

Remonta también aquel templo su fundacion á los orígenes del cristianismo en España, puesto que se sabe que Recaredo construyó la Iglesia de Santa María en el solar mismo que ocupa la presente. A principios del siglo XIII el Rey S. Fernando y el arzobispo D. Rodrigo trataron de erigir un monumento, que fuese muestra insigne de la fé cristiana, y á este santo propósito se debe la admirable catedral toledana. En su obra trabajaron centenares de artistas y de artífices, desconocidos algunos; conserva de otros la memoria y el nombre en los códices y pergaminos del riquísimo archivo del cabildo. Allí, en 1285, daba pruebas de su talento de arquitecto el maestro Pedro Perez; allí, por los años de 1418, existía un enjambre de estatuarios ocupados en labrar las puertas del *Perdon* y del *Juicio*, sobresaliendo entre todos Alvar Gomez; allí, en 1380 se daba principio á la robusta y al par gallarda torre, en la cual se trabajaba todavía en 1415; allí, á mediados del siglo XVI, hacían gala de su ingenio y de su maestría Francisco Villalpando y Ruy Diaz del Corral, Elías Copin, Diego de Velasco y otros. vaciando en bronce las chapas de la *puerta de los Leo-*

nes, enrollando las maderas y enriqueciendo con pródigas y delicadas labores aquella preciosa página de los estilos gótico y plateresco.

Y con ser tantas y tan asombrosas las excelencias de la catedral de Toledo en el exterior, quédanse aun por debajo de las preciosidades que en su interior se encuen-



CATEDRAL DE TOLEDO.

tran. No ofrece aquella iglesia en el conjunto la unidad y pureza de alguna otra de nuestra misma España, ya que andan algo revueltos los estilos, examinada la obra en detalle, pero quizás á todas las de

nuestra patria se adelante en magestad, en riqueza sin exuberancia y en número de deliciosos ejemplos de distintos estilos arquitectónicos. Impresiona el ánimo profundamente el espectáculo de sus anchas

naves, sostenidas por robustos pilares fesciculados y coronados por grandes ventanales calados con hermosas vidrieras de colores. A las maravillas del arte se juntan los recuerdos históricos unidos á la fábrica, á sus naves, á sus capillas para acrecentar el sublime efecto del monumento. De Alfonso VII el *Emperador* y de Sancho el *Deseador* hablan los enterramientos del presbiterio; gloria del inmortal Cisneros es la celebrada *Capilla muzárabe*, llamada así porque en ella ha venido perpetuándose la veneranda liturgia que usó la Iglesia toledana en el auge de su antigua gloria y que sostuvo en su cautiverio; memorias del arzobispo de Toledo D. Juan Contreras, muerto en 1434 y del obispo de Avila Don Alonso Carrillo de Albornoz, que feneció en 1514, son, en la *capilla de San Ildefonso*, los respectivos sepulcros gótico y plateresco de ámbos prelados; *acemto* artístico de la gloriosa conquista de Granada se halla en aquella incomparable sillería del coro que en 1494 trabajó maese Rodrigo, y que completaron despues por los años 1539

con peregrino ingenio los escultores Felipe de Borgoña y Alonso de Berruguete; y, por fin, dejando de citar multitud de nombres y hechos que allá se van en lo famosos con los que dejo apuntados, es asilo de la vanidad de las grandezas humanas, al par que ejemplar bellissimo del gótico florido, la capilla de D. Alvaro de Luna, con el sepulcro de este privado, guardado por los bultos de cuatro caballeros santiagueses, y el de su esposa D.^a Juana Pimentel vestida de monjil toca y á quien guardan asimismo las cuatro imágenes arrodilladas de frailes franciscos. Todo lo cual, con más los ornamentos, joyas, códices, etc., que se conservan en aquel templo, dice elocuentemente que la catedral de Toledo es, sin disputa, una de las mejores y más admirables iglesias del orbe cristiano, y digna corona de una ciudad que encierra en su recinto tantas, tan variadas y tan preciosas páginas del arte, desde los primeros siglos de la Edad Media á la época en que vivimos.

F. MIQUEL Y BADÍA.

HISTORIA DE UN OCHAVO. (1)

IV.

Como del vino sale el fuego.

—Haga el favor una de Vds. de recobrar el sentido, dijo D. Facundo, que eso de desmayarse las dos á la vez no es cosa corriente, pues no hay manera de auxiliarlas.

No sería la cosa corriente, pero era; y como en tales casos no hay que

atender á lo que debiera ser, sino á lo que es, D. Facundo procuró prestar auxilio á la una y á la otra, sin lograr asistir á la otra y á la una, pues para socorrer á su esposa debia soltar á Luísa, que se caería, y si no soltaba á Luísa, no podia moverse ni auxiliar á su esposa. Si se hubiese tratado de una moneda, tal vez hallara solucion; pero para él las mas sencillas cosas de

(1) Véase el n.º 5.

la vida ordinaria tomaban grandes proporciones, y como el caso no era sencillo, las tomó colosales, tanto que acabó por perder la cabeza y pedir socorro dando desaforados gritos. Acudieron los vecinos, entre ellos y uno de los primeros el portero, que tenía el vicio de emborracharse con mucha frecuencia y la calidad de guardar el equilibrio cuando el vino se le subía á la cabeza; bajó del cuarto tercero, saltando escalones, un empleado que llevaba quince años en loterías sin ascenso, encontrándose con el que habitaba el segundo, que era abogado que por falta de pleitos le había puesto á la lengua castellana traduciendo novelas; y todos los inquilinos corrieron con mucho apresuramiento, sin que de nada sirviera su auxilio á Don Facundo, por culpa del portero, á quien el vino que había bebido le hizo oír la voz de fuego y la repitió lanzándose á la calle en demanda de socorro. Que había fuego creyeron todos, y como la puerta del piso que ocupaba el numismático hubiese quedado abierta, dentro se metieron preguntando:

— ¡Donde está el fuego!

— ¡Fuego tenemos, exclamó D. Facundo que no había podido darse cuenta del desmayo de su mujer y de la criada y creyó hallada la explicación! ¡Salven á Gertrudis y á Luísa!

Un vecino, figurándose que su heroísmo le valdría la cruz de beneficencia,

cogió á la dueña de la casa, mas no pudiendo con ella gritó:

— ¡Aquí! ¡aquí!

Creyó otro, que entraba en aquel momento con un cubo lleno de agua que allí estaba el fuego, y le vació encima del grupo, rociando á Doña Gertrudis, al vecino que la sostenía, á D. Facundo, á Luísa y á algunas otras personas, que armaron tal barahunda que ya nadie se entendía. Sirvió el remojón de mucho á las dos mujeres, puesto que recobraron el conocimiento, pero fué para unir á la gritería sus ayes, que pronto el espanto que les produjo la escena, de la que no se daban cuenta, convirtió en lamentos. En esto llegó el alcalde de barrio con la pareja y el portero preguntando:

— ¿Dónde está el fuego?

Recorrieron la casa sin dar con él, y al portero se le ocurrió decir que tal vez estaría en otro piso, con lo cual el de D. Facundo quedó despejado y cada inquilino corrió al suyo para atajar el voraz elemento, siempre combatido por el agua, pero esta vez producido por el vino.

V.

En busca del ochavo.

No fueron flojas las angustias por que pasó D. Facundo antes de ver su casa libre de tanta gente, y en plena posesión de sus cinco sentidos á su mujer y á Luísa.

— ¿Qué ha pasado?

Con mucha dulzura hizo la pregunta el numismático, pero á pesar suyo algo terrible habría en ella, porque la señora miró á la criada y ésta á aquella, y ambas rompieron á llorar y dieron suelta á exclamaciones sin fin, tan quejumbrosas y sentidas que partían el corazón.

Perdía la cabeza D. Facundo, porque no lograba dar con el hilo de aquel ovillo; pero en mala hora dió con él, pues se encontró con que dentro del ovillo estaba la moneda de Neron, mejor dicho, no estaba, porque no se sabía qué había sido de ella. Entonces lo comprendió todo, el desmayo de su mujer y el de la criada. ¡Pobre numismático! Creyo volverse loco al pensar que Rodriguez vería en la pérdida un vulgar recurso para salir

del apuro en que se encontraba y no confesar que era incapaz de clasificarla

— ¡Qué infamia! gritó D. Facundo; ¡suponer tal cosa!

Sabia lo bastante para comenzar sus investigaciones en busca de la moneda que á toda costa quería recobrar, ¡á toda costa!

— Caballero, dijo cayendo en la tienda como una bomba, ¡mi moneda!

El dueño, cuyo humor era de perros, creyó que aquel hombre no tenía sano el juicio y le contestó groseramente:

— Váyase V. á Leganés.

— ¡Mi moneda! ¡Mi moneda de Neron!

— Guardias, vociferó el tendero, asomándose á la calle, á ver si me libran de este loco.

(Se continuará). TEODORO BARÓ.

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

PROBLEMAS.

10. El Califa de Bagdad, Haroum-Al-Raschild,—cuenta el famoso autor de las *Mil y una noches*,—tenía entre sus humoradas la de gustarle dar chascos á los ambiciosos que buscaban medios de enriquecerse por caminos que no eran los del ahorro y el trabajo.

Uno de aquellos dias en que, disfrazado, salía á estudiar las costumbres de su pueblo, tropezó con uno de estos codiciosos, que se quejaba de su suerte, y se propuso burlarle.

Preguntóle si aún tenía algun dinero, y él le mostró unos duros que, muy guardados, y al fin de muchos dobleces, en una vieja y raida bolsa llevaba.

—Pues bien, le dijo el califa, yo te diré el modo de hacerte rico. Nuestro Señor, el Kalifa, (Dios le guarde) ha prometido para esta tarde doblar el dinero que lleven consigo aquellos buenos creyentes que prueben que han perdido su capital en empresas desgraciadas.

Tú no puedes llamarte afortunado, y en caso necesario yo tambien lo podría afirmar. Preséntate varias veces, arreglándote de modo que no te conozcan, y sólo con

que logres introducirte unas cuantas tientes hecha la fortuna. Ya ves, solo diez duros doblados siete veces hacen un capital de 1,280 duros. Pero te repito has de poner cuidado en que no te conozcan, porque nuestro Señor, el Kalifa, es tan temible como bondadoso, y no tendría compasión de tí. Un poco de habilidad, que vas á hacer tu negocio. Vamos, yo te acompañaré.

El califa, con disimulo, habló al oído á uno de sus agentes que, también disfrazado, le escoltaba, y cuando llegaron á palacio ya había en una de las puertas de los pasillos un gran cartelón que decía:

«Aquí, nuestro Señor, el Kalifa, (guárdele el cielo) remedia hoy, doblando su capital, á aquellos que han hecho especulaciones desgraciadas. S. M. se reservará solo, de la cantidad doblada, un doblon de cuatro duros para las necesidades del Tesoro.»

No cabía en sí de gozo el haraganavariente, teniendo tan cerca la ocasión de hacer fortuna sin trabajo.

Entró precipitadamente; le duplicaron el dinero que llevaba, y que era unos cuantos duros; pagó su dobla y salió.

Volvió del revés su jaique, que era de otro color interiormente, entró de nuevo, hiciéronle, aunque le conocieron, la misma operacion, pagó su doblon, salió y volvió de nuevo á entrar. Y cuando esta tercera vez, cariacontecido y sin darse cuenta de lo que le pasaba, salía, tropezó con la mirada y la sonrisa burlona del disfrazado califa que le decía:—¿Cómo, qué es eso; tres veces os dobla nuestro buen Señor el dinero y aún salís lloroso y disgustado de su casa?—¡Ay, amigo, mirad! Entré la vez primera, dobláronme el dinero y pagué los cuatro duros; salí y volví á entrar, y dobláronme otra vez, y pagué otro doblon, y cuando por tercera vez entrego mi bolsa para que me la doblaran, y se cobraran sus cuatro duros, hallo que la bolsa está vacía,

y que despues de tantas dobladas me he quedado sin un ochavo. Reniego de mi ambicion y mis embustes; que, sin ellos, yo conservaría ahora los duros que acompañaban á esta pobre bolsa, ya para siempre huérfana de ellos.

Se pregunta, pues, ¿cuántos duros llevaba el hombre?

(11). En un chaffan de una de las manzanas del Ensanche ha visto un industrial un jardín triangular que le parece le convendría mucho para establecerse en él. No queriendo despertar el interés del dueño, se ha guardado muy bien de preguntarle la superficie que tiene; pero para decidirse le es indispensable conocerla, y como sólo ha podido averiguar que cada uno de los lados del triángulo tiene 42 y medio metros, le parece que nada puede hacer, y que ha de desistir de su empeño.

¿Es así?

Problema de.... (lo que es.)

(12). ¿Qué aconteció en Europa en la primavera de 1616, que, segun cuentan crónicas, Inglaterra y España experimentaron una pérdida tal que quizás la vida del mundo no baste á hacerla olvidar?

CHARADA.

Prima doble, dos y tres
Que es chico muy *dos tercera*,
Y, aunque un poco calavera,
Excelente amigo es.
Este tres tres que aquí ves,
A *todo* ayer le enseñó,
Y al notar que le gustó,
Con *todo*, su fiel criado,
A casa me le ha mandado
Para que se le dé yo.

A. ANGUIZ.